

ALFAGUARA



Mercedes Castro

Mantis

1. Esto funciona así

Esto funciona así: tú te dejas ver y ellos se dejan comer.

No es que me resulte agradable, pero a estas alturas no puedo cambiar nada. Ya no. Tal vez porque es demasiado tarde y le he cogido el gusto. Quizá porque desde hace años ha formado parte de mi vida y, de abandonar mis hábitos, no sabría explicar mis noches y mis días. A lo mejor, sencillamente, no puedo evitarlo.

Para no resultar tan fría, para gozar de una excusa, para razonar mi perversidad, mi hambre o mi maldad con un atisbo de perdición inmerecida, podría recurrir al extenso repertorio de enfermedades que se heredan o nos invaden de forma accidental. Sería entonces la sufrida víctima de un trastorno oscuro y anómalo frente a una sociedad que me señala como aberración sin entender que todo obedece a un desvarío de la Madre Naturaleza. Igual que los vampiros enterrados con estacas clavadas en el corazón, reos de la rabia y la superstición, la porfiria o la cerrazón.

En un supuesto más fantasioso, en una época más actual incluso podría asumir, por qué no, el rol de heroína o villana, qué más da si son la misma, alguien convertido por azar o capricho de los otros en un ser especial, denostado o admirado, bellas sin alma siempre frías, impasibles e insensibles a las pasiones de los demás, lobas que necesitan sangre robada a traición para perdurar, ajenas al dolor, inclementes porque así nos fraguaron, más allá del bien y del mal.

Qué responsabilidad tenemos en nuestra desgracia, qué capacidad de elección en la espiral de desenfreno en que

me embarco como una máquina creada para destruir y arruinar, para demoler y devastar. Más que pérfidas resultan patéticas y yo, en mi descontrol, me reconozco tan ruin, tan errada como ellas.

Con todo, el asunto no tiene gracia. Ninguna. Mucho menos para quienes caen bajo mi sonrisa y mis garras. Me refiero a las víctimas.

No me dan lástima. Yo, en cambio, sentada en este sillón, rodeada de cables, cercada por paredes sin ventanas, sí me la doy. Una pena negra y honda como el mal de amor, insondable y amarga como un maleficio. Siniestra. Eterna.

Si tuviera las ganas, el tiempo o la paciencia de explicárselo a los incautos sedientos de carmín que se dejan cautivar con rimas y versos fáciles, como quien narra un cuento de hadas a un niño les revelaría mi verdad, temible y despiadada pero brutalmente cierta: No es más que una mera cuestión de supervivencia.

Y es que el lobo no siente compasión por el rebaño.

Los histéricos corderos, por más algodonosos y suaves que nos parezcan, sólo nos sustentan. Como los Tres Cerditos. Como la imprudente Caperucita que se demora en el bosque, tan llamativa con su capa roja, creyéndose tan lista y resultando en cambio tan tonta.

Sin embargo, a expensas de mi admiración por el Hombre del Saco, las viejas sacamantecas y el Lobo Feroz, debo aclarar que no soy una devoradora sin escrúpulos, tan cruel que no se apena por la desdicha ajena, que disfruta exterminando.

Cierto es que no me lamento mucho, pero tampoco lo hago por vicio.

Simplemente lo necesito.

Aquí, ahora, sentada ante este tocador tan lleno de luces como una cueva del tesoro iluminada por mil luciérna-

gas, abandonada y absorta, no me veo siquiera como una mujer. No, no creo que lo sea.

Me imagino más bien como la última representante de una raza, una bestia hambrienta que busca saciar su ego y su alma para colmar el vacío que siente y este rencor sin nombre que arrastro tras de mí como un peso muerto.

Después de todo, ellos se lo buscan. Tanto como las gacelas desavisadas de su tentadora belleza que se bañan en el río sin percatarse de los cocodrilos que las acechan; tanto como las colegialas que saludan educadas al vecino del tercero B y pasan tranquilas ante la puerta que un día se abrirá para alimentar la codicia de sangre del monstruo, inconsolable porque nunca se detendrá, porque le hará seguir adelante aniquilando sin parar.

Sí, ésta soy, incompleta y ridícula, triste sombra de mí misma con maneras de mujer pantera, un ser fronterizo y sanguinario de voz rota y melancólica, una alimaña entre lo piadoso y lo dramático, una devoradora con miedo de su propio apetito, a disgusto con su poder, sin la fuerza abrumadora de los famélicos y con algo de la pena de los caídos que saben que lo son, que asumen que tarde o temprano alguien les atrapará.

No ignoro que, acogiéndome al derecho de no declarar contra mí, bien podría argumentar que a mí me hizo, me cinceló golpe a golpe, me modeló con caricias y palos una hembra más perfecta, mucho más insana y espectral de lo que jamás conseguiré ser y a quien nunca podré alcanzar. No debería pasar por alto el hecho de que estoy aquí, después de todo, pese a todo, gracias a ella, y sentirme inocente porque no tengo la culpa de haber bebido desde tan joven tanta sed de sangre, porque no tengo a quién reclamar si me amamantó una loba que se sigue riendo de mí entre las sombras.

Lo que ocurre es que no quiero mentir, no ahora.

Por eso, aunque sólo sea un alma condenada que se arrastra tras los barrotos de su perfidia, una mala heredera

que no ha sabido aceptar los dones que le regaló su linaje, una señorita estúpida e inexperta amparada bajo las faldas de mamá, debo asumir los actos cometidos, las palabras dichas y el no saber o no poder o no querer cambiar. Por eso, por todas las revelaciones que voy a escribir por fin, que me dispongo a vomitar.

—Hola, ¿necesitas algo?, ¿estás cómoda?

El regidor asoma su cabeza tocada con auriculares por el hueco de la puerta entreabierta y me saluda con afabilidad. Se trata de un joven de iris furiosamente azules e incipiente barba meditada para hacerle parecer mayor de lo que a todas luces es. Levanto los ojos de mi cuaderno de tapas de hule rojo y le sonrío tímida. Sé que no le mueve un auténtico interés sino un mínimo instinto de cortesía destinado a hacer que me sienta a gusto. De hecho, sé que lo que haga, lea, escriba o me inyecte le dará exactamente igual mientras esté maquillada, peinada y presentable en el exiguo margen de los diez minutos que me quedan para salir al aire.

—Faltan diez minutos para salir —apostilla.

Mis labios vocalizan sin sonido un «Gracias». Él lo entiende y asiente satisfecho con esos ojillos que desde mi butaca, desde esta pose de mujer de mundo indiferente, percibo deliciosos. Pero me contengo y regreso a lo mío, a lo que estoy confesando en esta libreta sin borradores previos ni excusas que me consientan esconderme del reflejo que no encuentro en el espejo, poner un mohín de niña buena, fingir que soy otra de cara a la posteridad. Egoísta, me dejo llevar por el avance convulso de mi pluma sobre el papel a medida que sobrevienen las imágenes y me cercan los recuerdos, segura de que volverá a llamarme dentro de siete minutos exactos para decirme que aún dispongo de tres, siempre lo hacen en televisión. Quiero aprovechar el tiempo que me queda ahora que la valentía, o la cobardía, o las ansias de perpetuarme o justificarme me han vencido y han decidido, como siempre en el momento menos indicado, dictarme al oído esta bitácora de confidencias o desahogos, este caudal

de palabras incontenible, desbordante porque encarna lo que antes era sólo una idea inconsciente y temeraria que lo anegará todo, que no podrá ser detenida ni borrada ni olvidada.

—Eres cocinera, ¿eso que escribes qué son, recetas?

Levanto los ojos y permanece ahí, con sus pupilas chispeantes y la sonrisa ingenua. ¿Es que no tiene ninguna otra tarea?, ¿no hay nadie más a quien jalearse o motivar que le impida quedarse junto a mí pegando la hebra?

Resoplo, descruzo las piernas, me sacudo de un golpe seco la melena y el resplandor de las bombillas que rodean el espejo del camerino me embarga con su brillo de fuego. Mi cutis blanco refulge en contraste con el vestido negro que perfila el trazo de mi figura relajada sobre el asiento, puede que en una postura demasiado laxa, tanto como para llevar al tierno regidor a una confusión más que justificada: aun con la pluma en la mano y el cuaderno sobre mis rodillas no doy una sensación de abstracción, de profunda concentración; nadie diría que estoy volcando sin tapujos en estas hojas cuadriculadas el germen de mi secreto, de todos los demonios que almaceno.

Probablemente sea este equívoco lo que impide que me enoje, lo que me convence de absolverle y me llena de condescendencia. A fin de cuentas la invitada (yo) está preparada y él no tiene nada mejor que hacer. El programa cuenta con un único entrevistado (de nuevo yo) y hasta que estemos en el aire no deberá ponerse a trabajar. Su única misión hasta entonces es guiarme por la maraña de pasillos que conducen al plató cuidando de que no me enrede con los cables que reptan por el suelo hasta lograr salir sin tropezar bajo la luz de los focos y el escrutinio del público y del presentador. Así pues, habrá pensado, démosle conversación.

—¿No estás nerviosa? —continúa, inasequible al desaliento—. No lo pareces, y eso que eres joven.

Lo soy, pero no me apetece darle cuentas sobre mi edad y detallarle los años que en realidad llevo a cuestas, lo anciana que me siento a pesar de que no lo represento. Es

cordial, es educado y no tiene ni idea de lo que hago ni, mucho menos, de por qué merezco esta entrevista. Aun así, o precisamente por esa inopia bendita, le agradezco el halago de su atención y la apetecible oferta de su juventud incauta que me temo ahora debo rechazar. La función está a punto de empezar y no tendría tiempo para saborearla a gusto y tampoco ganas. Sólo deseo seguir escribiendo tranquila, sin prisas ni charlas.

—¿Cómo te llamas? —le interpele, decidida a zanjar esta ridícula situación.

Se queda sobrecogido por el timbre de mi voz. Es algo habitual y no estoy dispuesta a desperdiciar la ventaja que me da su desconcierto. Le observo inmovible mientras traga saliva y aguardo con una ceja levantada su respuesta, lenta, que no termina de llegar.

—Benjamín... Pero mis amigos prefieren utilizar Benja —balbucea al cabo de unos segundos que se hacen eternos.

—Escucha, Benjamín, pareces un joven simpático y te agradezco de veras el detalle de acompañarme hasta que comience mi intervención, sólo que no estoy nerviosa —le explico tolerante, con la templanza de quien enseña a hablar a un párvulo, esperando que el bálsamo de mi voz resulte suficiente para calmar su excitación y sus ganas de revolver pero sabiendo que su cabecita será incapaz de entender los conceptos que intento hacerle comprender—. No es mi primera grabación y lo que deseo ahora es que me dejes a solas para poder seguir anotando mis nuevas creaciones —alzo el cuaderno— antes de que las olvide.

Asiente con un pestañeo, humilde y avergonzado, con toda su gallardía cuasiadolescente en franca retirada, y permanece por un instante colgado de la punta de mi lengua que asoma entre mis labios, que juega con un colmillo afilado, que se esconde dentro de mi boca, allí donde duerme el tono denso y ronco de mi voz que sigue resonando en su memoria. Desanda despacio sus pasos, como aturdido o noqueado, y se marcha por donde entró murmurando un atis-

bo de disculpa que despierta en mí un poco de pena, un algo de desazón.

No me dura demasiado. Me encojo de hombros y sonrío traviesa antes de abrir el cuaderno, este cuaderno de tapas rojas, y continuar escribiendo.

Antes me gustaba narrar, cultivaba una prosa alambicada entretejida de frases complejas, metáforas enrevesadas y complicados símiles, y llenaba folios y más folios con interminables acotaciones entre comas y ciento y un vericuetos confundidos con algún concepto, vacíos de contenido pero hermosos. Cuando era joven, o al menos más de lo que lo soy todavía, viajaba en sucios trenes que iban hacia el norte, leía poesía en los trayectos indiferente a los demás viajeros y me empapaba de todo cuanto fuera sospechoso de ser considerado cultura. Incluso llegué a estudiar una carrera de Letras y a acabarla convencida, contra todos, pese a todos, de su utilidad.

Por fortuna, mis sueños elevados se quedaron en sueños cuando averigüé que carecía de estómago para hacerme hueco en un universo editorial hostil y abarrotado, peligrosamente inflado y repleto de egos, por eso ahora me dedico a otro tipo de creatividad más rentable y relajante. Ahora me gustan las frases cortas. Los puntos. Ahora soy terminante y tajante. Odio la solución de continuidad sin final que suponen las comas.

Podría decirse que los avatares de mi biografía me han tornado telegráfica, críptica e indiferente al Arte. Si embellezco los platos es para cobrar más por ellos en mi restaurante, para que los críticos se extasíen ante la carta llena de viandas a precio de riñón y nombres sacados de novelas de ciencia ficción. Otro tanto podría decirse de mis libros de cocina. Si incluyo alguna que otra cita, si caigo en la tentación del adorno y la retórica, es para justificar la simpleza de mis quimeras. Y para que esos señores orondos y satisfechos que se ceban gratis a mi costa se lo piensen dos veces antes de

hundirme con su prosa vil en algún artículo gastronómico de intenciones aviesas.

Lo único que quiero es cocinar. Lo demás, esto, la libreta, sólo es un modo de cotejarme, de tomar y dejar constancia de por qué me he convertido en el bicho que millones de espectadores, sin saberlo, contemplarán esta noche en riguroso directo.

Así que aquí estoy, con mi vieja careta adquirida en el mercado de las falsarias, escribiendo estas páginas donde todos suponen que anoto nuevas mezclas o las extrañas referencias literarias con que aliño mis propuestas. Durante largo tiempo, las personas más cercanas a mí, o al menos aquellas a quienes permito una difusa confianza de la que cunde mucho y no alimenta nada, creyeron que se trataba de una agenda. La verdad es más simple y burda, más anodina y banal, pues casi hasta ayer sus tripas de celulosa permanecieron inmaculadas, absolutamente vacías.

La vi hace un par de años en el escaparate de una papelería y me atrajo el color rabioso, furioso incluso, de sus tapas de hule rojo, tan solas y escarlatas entre cien productos de escritorio marrones, grises y negros. Decidí entrar y hacerme precisamente con ella, la expuesta y no otra por más que el dependiente se empeñara en ofrecerme alguna menos ajada de la trastienda. Fue, por los riesgos que entrañaba cubrirla de sinceridad y palabras, uno de los mayores actos de lucidez de mi vida.

No pasé de ahí. Tras años de cuadernos juveniles emborronados con ilusión y torpeza, después de tantos otros de silencio, el tenerla ahora en mi bolso, sobre la mesa, bajo mi brazo, no era más que una tentación, una insensatez que no me atrevía a afrontar, un plan descabellado y vedado a todos, maquinado sólo por y para mí, que no terminaba de arrancar.

La paseaba de acá para allá como si fuera indispensable, como si estuviera atestada de datos que no me podía permitir olvidar, como si todo lo que sé, la esencia de mi

oficio, el germen de mi genio descansara en ella y no pudiera consentirme perderla. Lo que no comprendo es cómo a nadie se le ocurrió abrirla en un arrebatado de curiosidad y echarle un vistazo. No les hubiera resultado difícil encontrarla en mi despacho y hojearla en un suspiro, o descubrir su virgen contenido en la sala de maquillaje, donde acostumbro a abandonarla mientras presento mi propio programa. Nunca he conseguido adivinar si lo han hecho o no. Puede que disimulen muy bien su desconcierto al saberla intacta o, lo más probable, que nadie se haya atrevido nunca a profanarla.

Será eso. Supongo que me tienen miedo.

Qué pensarían si supieran que tras tanto tiempo aireándola sólo llevo unas cuantas cuartillas mal redactadas, si averiguasen de qué trata esta historia que estoy comenzando, esta especie de breviarío enloquecido donde revelo mis apetitos, donde confieso que el motor que me mueve cada día es la única fuerza de mis anhelos, donde detallaré con pelos y señales mis fechorías y maldades hasta dar cuenta de cómo y por qué derramé la primera y la última gota de sangre.

Claro que no realizo este esfuerzo por unos improbables lectores que dudo si existirán, sino por mí. No quiero que se pase por alto que viví, pensé, sentí y creí necesario explicar, en un derroche de soberbia, el origen de mi afán.

Lo peor es que con toda probabilidad, de alzarse con ella, de leer mis entresijos y mis condenas, nadie me creería. O igual sí, y muchos se turbarían y me maldecirían para terminar por confesarse horrorizados por más que en su fuero interno acabaran por admitir que el que alguien como yo dé ese primer paso les complace. Estoy segura de que cualquiera, el ciudadano más honrado, la dama más formal, aspira en lo más recóndito de su interior a hacer algo parecido aunque jamás llegara a reconocerlo.

Cuáles son las razones de esta fascinación por los monstruos, qué nos convierte en seres atractivos y cinemato-

gráficos. Puede que el confirmar que exista alguien capaz de saltarse las reglas, que se atreve a actuar en un momento dado para quitarse de encima a los censores, a los pusilánimes, a los iracundos, a los soberbios, a los que molestan. No seamos hipócritas: nos atraen los chiflados solitarios que ignoran las normas, que huyen de las estrictas ataduras de la moral, los que vuelan más alto y apuestan a todo o nada sin pensar. Hasta los niños de pecho se quedan hipnotizados en los zoológicos ante la mirada hostil de las fieras en sus jaulas. Es la fuerza de los depredadores.

Así pues, qué otra cosa puedo ofrecer a la posteridad que la lectura de mi diario de a bordo, el de esta asidua devastadora de los zoos de hombres que soy.

Oigo pasos, dejo la pluma, cierro el cuaderno. Llega Benjamín, el dulce regidor, y me avisa de nuevo. Será mejor que nos pongamos en marcha. Me levanto ligera, aliso mi vestido negro con parsimonia y mis manos revolotean dejando una leve estela de reflejos rabiosamente rojos. Son mis uñas. Siempre las pinto de ese color cuando asisto a algún acto público, es la única manera de enmascarar los restos de sangre reseca que no consigo quitarme, que permanecen escondidos entre la cutícula y la carne. Con las yemas de los dedos me aseguro tocándome levemente las comisuras de que llevo los labios bien pintados y sonrío con satisfacción. El tono *Russian red* me favorece, ha sido una buena elección.

Asiento para darle a entender que estoy preparada y me dispongo a seguirle hacia el plató. Con cierta timidez pero intentando imprimir al gesto naturalidad, como si fuera algo que realizara con frecuencia en su trabajo, me coge de la mano en cuanto salimos para dirigirme con gentileza y finge no sentir la frialdad de mi tacto que sé que le quema como un calambrazo. Bajo la intensa luz de los neones atravesamos pasillos sembrados de máquinas de café, divisamos redacciones repletas de guionistas mal pagados que se devanan los sesos para contentar a una audiencia cada vez más

tirana y nos cruzamos con empleados que, sonámbulos a estas alturas de su jornada, deambulan de un lado para otro. A medio camino, Benjamín se gira con deferencia y me explica con sigilo:

—Disculpa que me tome estas confianzas, es para guiarte mejor.

—No te preocupes.

Mi voz le llega en un susurro. Sé que hay que hablar bajo pero no lo hago por eso, es mi tono natural. Un rumor aterciopelado, oscuro y denso. Benjamín vuelve a estremecerse al oírme y sigue adelante tirando de mí por este laberinto. Me divierte ver cómo se le erizan los pelillos de la nuca, siento en mi mano el sudor de la suya y me deleito imaginando que puedo convertirlo en escarcha. Estoy tentada a decirle cualquier sandez, lo que sea, para ver cómo tropieza y rueda delante de sus compañeros, pero hemos alcanzado el punto de no retorno, aquel en el que un invitado ya no puede dar marcha atrás, con los técnicos de producción concentrados ante los monitores mientras se cruzan señas para darse las órdenes precisas. Que varíen su intensidad las luces. Que entre el entrevistado. No, para, vamos antes a publicidad. Se detiene para dejarme justo sobre una marca señalada en el suelo con cinta aislante y el asistente de sonido se acerca con el micro y la petaca. Según la escala de funciones colocármela sería competencia de éste, pero en algún aparte mi guía de ojos azules debió de pactar al respecto porque es él quien se agacha para colgármela en la parte trasera del vestido y pasar el cable sobre mis hombros rozando mi cuello, levantando con un ademán atento mi melena, acariciándome sin querer el mentón y engancho la pinza en mi escote palpitante y suave como, según la cursi descripción, un palidísimo melocotón.

—Vamos a hacer una prueba. Di algo... —y clava sus ojos en mis labios a la espera de una palabra, un suspiro, cualquier sonido que no llega—. Sin pensar, lo que sea.

—En ocasiones me como a personas con patatas.

Benjamín, con la boca abierta, tarda una inmensidad en reaccionar. Finalmente se vuelve hacia un compañero que, tras comprobarlo en sus monitores, le indica con el pulgar levantado que el micrófono funciona sin problemas.

—En tu camerino no me pareció que fueras tan bromista —me recrimina.

—No hay que enseñar todas las cartas en la primera mano —paladeo mi respuesta haciéndome cosquillas con la punta de la lengua.

Acto seguido me coge del brazo y arrimando su cabeza a la mía como un conspirador me señala el camino que he de seguir hasta llegar al lugar preciso donde sentarme en el plató.

—Cuando el presentador pronuncie tu nombre y pida un aplauso para ti, sales por ahí. Tienes que ir por ese pasillo y no debes pararte a mirar el decorado. Caminas hacia el sillón que hay junto a su mesa y, pasando por detrás, nunca por delante, le das dos besos o la mano y luego lo rodeas otra vez para sentarte. ¿Lo has entendido? —pregunta circunspecto para acentuar su autoridad, no es bueno que los invitados se desmanden, hay que intentar disuadirlos para que no empiecen a hacer el payaso, a firmar autógrafos o a acercarse a la cámara para saludar a sus seres queridos.

—A sus órdenes —contesto con una media sonrisa.

Él se relaja y también sonrío y, a sabiendas de que sus cascos y mi micro están conectados a un sinfín de oídos, se acerca aún más a mí:

—¿Sabes que tienes un tono de voz muy particular?

—No es la primera vez que me lo dicen —admito—.

Una infección de garganta mal curada me dejó las cuerdas vocales para el arrastre, desde los siete años hablo como si me hubiera pasado toda una vida fumando.

—A mí me parece... interesante —confiesa, y se sonroja y fija la vista en el trazado de las líneas del enlosado.

—Eres valiente, la gente no suele ser tan sincera conmigo.

Traga saliva antes de seguir, resopla como un alumno díscolo que se dispone a llamar a la puerta del despacho del director y suelta de sopetón la frase que he aguardado paciente desde la primera vez que lo vi en el camerino y sentí el deseo de hincarle el diente.

—Si quieres, al terminar... —me sugiere con sus ojos azules clavados en el público que cuchichea y señala con el índice a la cámara por más que les hayan advertido que no deben hacerlo—, podemos buscar algo abierto para cenar —añade recurriendo a toda su valentía y a esa sonrisa irresistible que es su argumento devastador, su baza definitiva.

—Parece un plan interesante —accedo, y percibo en la penumbra cómo sus pupilas se expanden con la promesa desvergonzada del encuentro mientras pienso en lo que me apetece cenar de verdad.

Sin previo aviso, estruendosos pero sorprendentemente armónicos, los aplausos que reciben al presentador nos sobresaltan, y en tanto éste inicia su actuación con el inevitable monólogo me invade una repentina congoja. Tardo unos instantes en desenmascarar la causa de mi nerviosismo pero al fin doy con ella, se trata de un ruido sordo y pequeño, casi inaudible, como un tamborcillo que redobla o el batir de las hojas de un rosal bajo las alas del viento que me hace temblar por dentro: es el sonido de un corazón seminuevo estallando en la frágil caja de su pecho. Pobre Benjamín devenido en triste Romeo. Quisiera advertirle, pero no me da tiempo porque por los auriculares le apuntan que es hora de hacerme salir. Siento cómo me empuja demorando más de la cuenta el contacto de su mano en mi cintura, vuelvo la cabeza y reparo en que me desea suerte con una mueca cómplice y no alcanzo a responderle porque cuando me percató ahí estoy, a punto de someterme al escrutinio imparcial de los focos cegadores y los televidentes que, repantigados en el sofá de su salón, se disponen a despedazarme o paladearme sin reparo. Me concedo un segundo, dos, tres, los necesarios para inspeccionar mis pies y encontrar el ánimo necesario en

mis zapatos tan carmesíes como mis labios, un par con tacones como dos estiletes afilados que compré después de que me propusieran esta entrevista con la intención de que me ayudasen a salir del paso con dignidad y el suficiente aplomo como para hacerme parecer más cercana de lo que soy.

Me guiñan un ojo coquetos e inician su andadura. Milagrosamente sin tropezar pese a su altura, avanzo decidida hacia la mano abierta que me tiende el famosísimo showman de dientes relucientes y afilados. Recordando obediente las instrucciones de Benjamín saludo a lo lejos al público y, después de rodear los sillones y de abrazar al ídolo de masas, le planto un beso en cada mejilla como si tuviéramos muchísima confianza, como si entre nosotros mediaran puentes de familiaridad. A continuación me siento cuidando de cruzar mis piernas de modo que resulten atractivas, y me dispongo a escuchar los halagos que desgrana mi interlocutor, hábilmente entrelazados en un discurso que suena natural gracias, imagino, a las horas que habrá pasado ensayándolo:

—Nos encontramos, señoras y señores, ante una mujer amante de dos de los placeres más mundanos que existen: los zapatos y la buena comida. Sé que les parecerá joven, pero tiene una extensa trayectoria a sus espaldas: ha pasado por más de un oficio y al final, como decía el anuncio, volvió a su mansión por Navidad para tomar las riendas de una profesión que le venía de casta. Seguro que están habituados a ver su preciosa cara en su exitoso espacio televisivo. Sus libros de cocina figuran en la cima de los más vendidos y aparece más de lo que le gustaría en las revistas del corazón debido a la afición que los elegantes de este país han tomado a su restaurante, un lugar, se lo aseguro, absolutamente excepcional. Tienen ante ustedes a la chef visionaria que ha sabido hacer de las croquetas un arte hasta encumbrarlas como el manjar más innovador. Ella solita ha logrado exportar hasta Tokio y Nueva York una de nuestras más típicas recetas convirtiéndola en genial icono de la gastronomía actual. Se trata de Teté Sinde Valverde, nuestra gran dama de la cocina. Espero que

esta noche nos cuentas qué se cuece en tus fogones para atraer a tanta gente guapa, ¿o es que se vuelven así después de probar tu comida?

Ahí están, sabía que no tardarían en aparecer. Son como una maldición que me perseguirá hasta la tumba, un sambenito del que no consigo zafarme. No puedo soportarlas, no quiero saber nada de ellas, de las insoslayables y malditas croquetas reconocidas como mi hallazgo estrella. Y todo porque nada más abrir el restaurante se me ocurrió homenajear a la comida casera española en lo que no era más que una excusa como cualquier otra para aprovechar las sobras.

La idea surgió de la necesidad: aficionada a mi vicio y agobiada por unas tinajas de carne a las que no sabía cómo dar salida, recordé una vieja técnica familiar para aprovechar los restos de los postres dominicales que decidí aplicar a mis propios despojos. Así nacieron las «croquetas de arroz con leche y carne picada».

Su truco residía en aromatizar el arroz y la leche con nuez moscada y añadirle huevo batido antes de retirarlo del fuego, con lo que adquiría la consistencia de una masa que mezclaba con la carne troceada, salpimentada y aderezada con clavos, cilantro, un toque de pimienta, tomillo y romero y a la que añadía un puñado de pasas engordadas con vino dulce y la ralladura de media naranja. Con ella hacía unas croquetas oscuras y llamativas debido a que las rebozaba agregando al pan rallado algunas almendras y dos o tres pastillas de chocolate. Para servir las, las espolvoreaba con una nube de canela, y recomendaba acompañarlas con un champaña joven y elegante, fragante de frutas rojas, especias y ahumados, que acentuaba el contraste entre los sabores dulces y salados.

La combinación enloqueció a la clientela y la crítica cayó tan rendida ante mi osadía que no tardé en explotar mi hallazgo creando nuevas variedades: de bacalao y fruta en almíbar, de natillas con carne al estragón, de crema de vaini-

lla con tiras de lomo asado, de salsa de albaricoque con pimentón... Claro que si llego a saber que me convertiría en la reina de las croquetas, hubiera buscado otra forma más discreta de deshacerme de mis presas.

Pero no puedo pararme ahora a recordar, se hace el silencio y debo comenzar mi actuación. Vuelvo a concentrarme en mis zapatos, potentes, altivos, y éstos me soplan lo que debo decir. Levanto la cabeza, sonrío y, sin perder mi afabilidad, me atrevo a corregirlo:

—Si no te importa, desearía que no me llamasen Teté. Es un nombre de niña y llevo demasiado tiempo manejando el cuchillo de trinchar y el machete como para prescindir de ese apelativo. Prefiero Teresa Sinde. A secas, sin el Valverde. Ése lo dejo para mamá.